

Ms. Wilkinson me llamó sobrino

Es un cálido domingo, 23 de agosto de 2026, como tantos otros.

Un almuerzo rápido no es una concesión sino un ritual. Un breve descanso por la tarde es una excepción, concedida solo para permitir que los niveles inusualmente altos de dopamina producidos por la mañana vuelvan a la normalidad tras un acontecimiento inesperado: hoy, Bing colocó una de mis páginas en primera posición en la web para una búsqueda relacionada con mi madre, Gillette.

Desde el segundo puesto, mi abuelo observa, y sonrío. No parece enfadado.

Hoy también descubrí que King Camp Gillette dejó este mundo el 9 de julio de 1932. En el momento en que leí la fecha, casi salté de la silla.

Mi propio proyecto, gillettenarrative.com, nació el 9 de junio de 2026. Noventa y cuatro años después de su muerte. Y, según los acuerdos que he hecho conmigo mismo, treinta y tres años antes de mi propia partida planeada en 2058.

Cuando las fechas empiezan a converger, cuando empiezan a encajar con una precisión inesperada, uno se siente tentado a creer que puede haber otro algoritmo funcionando — uno cuya apariencia se parece poco a aquellos a los que nos hemos acostumbrado.

Como siempre en momentos así, me acompaña el jazz en lengua inglesa. Es la única música que mi mente recibe ahora de forma natural, ahora que las guitarras y mandolinas de mi familia han enmudecido por las leyes ordinarias de la naturaleza.

Entonces abro mi correo. Un golpe certero llega directo al corazón.

Samantha escribe desde Londres. Es la nieta de la señora Wilkinson. Mi tía Maggie. La dama de las espadas cruzadas. La mujer que, no hace mucho y delante de toda su familia, me llamó sobrino.

Su mensaje es simple. La señora Maggie Wilkinson ha fallecido. Por petición propia, conociéndome lo suficiente como para anticipar mi reacción, la noticia se entregó solo después de que el entierro hubiera tenido lugar.

Somos ingleses. Una lágrima encuentra su lugar.

La muerte nunca es algo hermoso. Es simplemente algo que nunca esperas del todo.

Entre todas las mujeres que he conocido en mi vida, esta tía adquirida ocupó solo un breve capítulo. Sin embargo, su papel fue esencial.

Me ayudó a entender que la aristocracia no se encuentra exclusivamente en los títulos, los escudos de armas o los privilegios heredados. Existe en los modales. Existe en el comportamiento. Existe en esa cualidad que los angloparlantes suelen llamar aplomb. Hay una palabra más simple para eso. Clase.

Le escribo esta carta a ella. Para su familia. Para mí mismo. Para todo lector que algún día llegue hasta aquí.

Y empiezo con una sola frase que recuerdo de memoria: Somos lo que somos por las personas que encontramos, y nadie puede quitarnos eso.

La literatura médica abusa a menudo de una autoridad concedida voluntariamente por pacientes que necesitan certeza. Con frecuencia nos dice lo que es conveniente. Con menos frecuencia, lo que es importante.

Dicen que los niños, entre el nacimiento y los cinco años, no poseen recuerdos. Que no pueden retenerlos porque las estructuras cognitivas necesarias aún no se han desarrollado. Según esa teoría, cada uno de nosotros debería llevar cinco años de oscuridad.

Y sin embargo recuerdo las bofetadas de mi madre. Recuerdo las bofetadas de mis maestras de jardín de infancia. No recuerdo los números. Empezaban pares y nunca terminaban impares.

Los golpes que recibimos de adultos funcionan de manera muy parecida. Nadie los cuenta. La memoria no los archiva como estadísticas. Los deposita en silencio dentro del alma. Y años después, los retira en forma de escritura.

Adiós, tía Maggie. Que seas bienvenida allí donde tu viaje ahora continúa. Las espadas siguen cruzadas hasta el día en que pases bajo ellas.

Adiós.

Tu sobrino.

Nando el Escriba